España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año II | México, D. F., 10 de Febrero de 1945 | Núm. 53

RECELOS Y ESPERANZAS

EL MUNDO DE LA POST-GUERRA

Si la realidad que acusan los partes de guerra, especialmente con referencia a la ofensiva rusa, que tiene ya clavada su punta de lanza sobre el corazón de Alemania, no encierra alguna contrapartida inapreciable a simple vista, puede afirmarse ya que la guerra ha entrado, efectivamente, en su fase final. Por lo menos, la guerra propiamente dicha de Europa, que prejuzga fatalmente el resultado, más o menos inmediato, pero nunca dudoso ni lejano, de la guerra de Asia. La victoria aliada se anuncia, pues, no ya como segura —que lo estuvo, para nosotros, desde el comienzo de las hostilidades— sino como próxima. Y ello determina que pierdan relativo interés los problemas específicos de la guerra y lo cobren mayor, en cambio, los problemas de la paz. Desgraciadamente, como otras veces hemos dicho, el optimismo que sugieren las operaciones militares está muy lejos de ser equivalente al que inspiran los acontecimientos políticos. Si las primeras levantan el ánimo, los segundos lo deprimen y llenan de sospechas. Y no somos nosotros solamente los alarmados. Los periódicos franceses, que estos días registran su descontento por el hecho de que Francia —China ya no cuenta sobre el particular—no se halle presente en las reuniones de los Grandes, son buena prueba de ello. "Desde ahora —escribe Maurice Lacroix en "Resistance"— hay que pensar en la preparación de la paz futura; los problemas que se yerguen de hoy en adelante, tras la derrota de Hitler, no pueden encontrar una solución satisfactoria en un sistema de equilibrio basado sobre el reparto del mundo en zonas de influencia. Si el Imperio Británico se encastilla en sus conceptos seculares, si la URSS vuelve a acariciar los ensueños de paneslavismo de los antiguos Zares, si los Estados Unidos enfrentan su imperialismo al de sus aliados, es evidente que sólo se llegará a un entendimiento precario y que no se fundará un orden nuevo". Un orden nuevo. Por él se están batiendo, desde hace más de cinco años, millones de hombres que fueron convocados a la pelea en nombre de altos y puros ideales políticos: la libertad del ciudadano, la independencia de los pueblos, el establecimiento de un régimen de justicia social. ¿Hasta qué punto esos ideales tienen presencia concreta y efectiva en las deliberaciones de los directores de la guerra? Nos lo dirán los sucesos venideros, porque los pasados llaman desconsoladoramente a desaliento.

Los estadistas que en la primavera de 1919 se reunieron en Versalles también prometían—algunos de buena fe— poner término a una situación internacional que era, por sí misma, generadora de conflictos armados. El fruto de sus afanes fué, sin embargo, bastante más modesto. En lugar de someter a un sistema de seguridad común el principio de las soberanías nacionales se deificó, como nunca, el mito del Estado-nación, con lo que se dejaba en plena libertad el cultivo del Estado nacionalista. Era menester que fuera así para que las grandes naciones conservaran su poder ilimitado, ejercido constantemente sobre las pequeñas, y pudieran hacer que la política europea girara en torno a sus intereses. La Sociedad de Naciones se convertía automáticamente en una farsa cuyos hilos manejaban Inglaterra y Francia y en la que los demás países desempeñaban el papel, sin opción, de comparsas. Oculta por el barniz retórico de los discursos que se pronunciaban en Ginebra, la vieja estructura social quedó íntegra. No se tuvo comprensión para la revolución rusa, con sus errores y con sus aciertos de largo alcance histórico; no sufrió mermas la dominación colonial; no se hizo nada por crear lazos permanentes de solidaridad entre los pueblos; en lugar de europeizar a los Balcanes, se balcanizó la Europa Central; y el imperialismo económico —luego renacería el militar— encontró abiertas las rutas del mundo . . . Semejante política iba a tener, por añadidura, el apoyo indirecto de los EE. UU. que, separándose de los negocios políticos de Europa —resentidos por el fracaso de Wilson —venían, sin darse cuenta, a favorecerla. Difícilmente se encontrará en la Historia período más lamentable que el que va de 1919 a 1939. Son veinte años de contradicción permanente; de cobardía colectiva en las altas esferas gubernamentales; de sordas querellas y ambiciones; de ruines complicidades en el delito moral. En ese ambiente prosperó, y era natural, el fascismo. En verdad ¿no era fascismo, en mayor o menor grado, casi todo lo que estaba ocurriendo en Europa?

Próxima la terminación de la guerra —la que no se esperaba, como tampoco ahora se espera la que puede venir— los vencedores convierten en himno de victoria su esperanza. Pero eso es lo que aconteció igualmente hace un cuarto de siglo . . . y hoy están matándose, más ferozmente aún, los hijos y los nietos de los que lucharon entonces. ¿Ha de repetirse el drama otros veinte años después? Así será, inevitablemente, si los métodos que se elijan para organizar la paz son los mismos, si la mentalidad con que se afronte el porvenir no es radicalmente distinta. Si se pretende volver al viejo juego llamado del equilibrio, y que es, precisamente, el que no asegura equilibrio ninguno, demos por seguro que la tragedia no tardará en llamar de nuevo a las puertas de la paz con su guantelete de hierro. El dolor de los pueblos es infinito. Del de los demás juzgamos por el nuestro —el de España— que no es inferior en volumen y hondura al de ninguno. Pero en España sigue imperando, con tolerancia de las naciones aliadas, —o con la protección tácita de algunas— un régimen político que nació de la violencia, protegido por las naciones totalitarias, hizo de la violencia su ley y por la violencia subsiste. ¿En nombre de qué intereses puede justificarse tan mostruoso contrasentido si han de tenerse en cuenta la Carta del Atlántico y las reiteradas declaraciones que en defensa de la democracia han hecho los gobernantes de las NN. UU.? ¿Y por qué se estorba —o no se favorece, como era lo obligado—, la vuelta de España al régimen republicano que le fué arrebatado por la traición? ¿Se piensa, tal vez, en que la suerte de España se determine por el reparto de zonas de influencia con que, al parecer, sueñan algunos gobernantes? Mal negocio. Malo para todos. Para los españoles, que no admiten ni admitirán jamás tutelas de ninguna clase, y para los presuntos tutores, que no tardarían en convencerse de la inutilidad de su empeño. Lo que decimos de España sirve para cualquier otro país. El único camino recto es el de una sincera colaboración internacional en la que todos los pueblos tengan cabida si previamente se comprometen a sostener un régimen interno de libertad y democracia, condición indispensable para sentar una nueva organización de la vida internacional y un derecho que garantice la paz sobre fundamentos sólidos y justos.

EN VENEZUELA

La Asamblea Legislativa apoya la suspensión de Relaciones con España

CARACAS, FEBRERO 4.—EN LA SESION CELEBRADA EL DIA 2, LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL ESTADO, A PETICION DEL DIPUTADO HERNANDEZ, APROBO UNA MOCION RECOMENDANDO AL EJECUTIVO FEDERAL LA RUPTURA DE RELACIONES CON EL GOBIERNO DE ESPAÑA.

VARIOS DIPUTADOS CONDENARON ENERGICAMENTE LOS REGIMENES DE FUERZA QUE EXISTEN EN AMERICA Y ESPAÑA.—*CORRESPONSAL.*

América y el falangismo

EL CAMINO CLARO

El acuerdo adoptado por la Asamblea Legislativa de Venezuela, encaminado al rompimiento de relaciones con el gobierno del general Franco, es un exponente más y harto significativo, del estado de ánimo que va ganando a los pueblos y a los gobernantes de América en relación con el régimen totalitario imperante en España. Tenemos motivos para saber que el gesto de Venezuela no tardará en ser secundado por otros países continentales, para los que ha sido acicate la resolución de la Junta Revolucionaria de Guatemala rechazando todo trato con el gobierno franquista. Realmente —otras veces lo hemos hecho notar— no se comprende que gobiernos de tan acusada orientación democrática como son, por ejemplo, los de Costa Rica, Colombia, Cuba, Uruguay, Chile, Panamá y el Ecuador ahora, pueden seguir manteniendo unas relaciones que no brindan ningún beneficio material y son profundamente lesivas desde el punto de vista moral y político. No insistiremos hoy en un tema que hemos tratado muy a menudo y sobre el cual habremos de volver. Esta nota tiende solamente a destacar la actitud de la Asamblea Legislativa de Venezuela, país que, como Guatemala, por haber padecido durante muchos años una dictadura tan brutal como era la de Juan Vicente Gómez, sabe bien lo que vale la libertad y ha de sentirse especialmente opuesto a cuanto represente fascismo en una u otra forma. El que priva en España es, desde luego, el de peor especie. Se escuda en razones religiosas, pero ni el nazismo alemán ni el fascismo italiano llegaron a los extremos de barbarie que son la característica del falangismo español. Todavía hoy, seis años después de proclamarse vencedores, los falangistas siguen sacrificando víctimas, unas veces mediante la sangrienta farsa de unos tribunales que no son, en verdad, sino comités de terrorismo, y otras sin preocuparse siquiera de las apariencias legales. Con un régimen así no se pueden tener contactos de ninguna clase sin deshonrarse. Por eso Guatemala señala claramente el camino que las demás repúblicas americanas deben y empiezan a seguir.

GUATEMALA Y ESPAÑA

El pueblo respalda el desconocimiento de Franco

Ahora comienza a perfilarse la segunda etapa de la Revolución guatemalteca. Respondiendo a un anhelo popular la Junta de Gobierno ha emitido el Decreto que rompe toda relación entre Guatemala y el gobierno espúreo del usurpador Franco, definiendo así nuestra verdadera postura como revolucionarios y como miembros de las Naciones Unidas en lucha contra los totalitarios. El pueblo mismo aplaude con todo entusiasmo esta medida que viene a definir claramente cuál es la ideología popular y cuáles sus propósitos de lucha. Ahora sí podemos principiar a llamarnos auténticamente revolucionarios.

Cuando el general Ubico anticipándose a las demás naciones de América reconoció el ignominioso gobierno franquista, dos sentimientos de horror se manifestaron en quienes durante la guerra civil española estuvimos ideológicamente del lado de la República; uno, el de que era el anuncio de la muerte de esa misma República, el canto de cisne de la democracia española, por cuanto el apoyo moral de una nación americana le daba más empuje a los propósitos falangistas, y el otro derivado de la propia idiosincracia latinoamericana, soñadora y romántica, la muerte de la España auténtica, de la España verdaderamente cristiana y anticlerical, la España de los cantos nuevos, de la nueva fe en su destino, la gloriosa y siempre viva madre patria.

Sin embargo, no todos los guatemaltecos expresaron esos sentimientos. Hubo un gran número que vió con simpatía la medida del general Ubico. Eran los alucinados católicos que han confundido los términos de franquismo y catolicismo. La guerra civil española trajo consigo toda clase de propaganda, pero el medio guatemalteco favorecía aquella que trataba de justificar a Franco. En esas circunstancias los falangistas se aprovecharon a sus anchas, y le infiltraron al pueblo guatemalteco que el que no estuviese con Franco era irremisiblemente anticatólico. Falsearon los hechos e hicieron aparecer a Franco como el defensor del cristianismo y del catolicismo español. De una cuestión vital en Europa, como es el nazismo, fascismo y falangismo (definición de Mussolini), en lucha contra la democracia, hicieron una cuestión religiosa; mezclaron el nombre venerado de Jesucristo precisamente con aquellas ideologías que niegan a Dios, con el paganismo germano y el fascistizante sometimiento del individuo al Estado.

Cuando desgraciadamente triunfó el franquismo en España, los tentáculos de la ideología falangista y juesuítica comenzaron a alargarse hacia América hispana. Se acreditaron ministros diplomáticos, agregados civiles a las legaciones y agentes franquistas que tenían potestad sobre los primeros y que en realidad eran y son las cabezas directrices de las células de aquella ideología. Bajo esta capa entraron a los países latinoamericanos muchos clérigos y frailes nada santos que a pretexto de difusión religiosa, de ministerio espiritual, han inculcado en la mentalidad del pueblo ingenuo y sencillo, sobre el cual trabajan directamente, las ideas totalitarias del franquismo. Sólo así se explica que muchas familias guatemaltecas de acendrado catolicismo, y de las cuáles podríamos mencionar una gran cantidad, estuvieran en la presente guerra del lado de Hitler y del cobardón de Mussolini.

El pensamiento de la Falange respecto a Hispanoamérica no es un secreto. Se ha dado a conocer muchísimas veces; pretendían o pretenden el sometimiento de las naciones latinoamericanas mediante el término "Hispanidad", al pensamiento reaccionario español, el que niega aún hasta la inteligencia; pretendían o pretenden la conquista ideológica de Hispanoamérica, base avanzada para la conquista por las armas y la economía por parte del nazismo hitleriano; pretenden una superioridad, una directriz en nuestros propios asuntos para volver a una situación parecida a la de la Colonia, con todas sus lacras de esclavitud, servidumbre y oscurantismo, con el predominio consecuente de cierta nobleza militarista y del jesuitismo inquisitorial.

Para llevar adelante esta campaña contaba, repetimos, con sus propios agentes, y sabedores del tradicionalismo católico de Hispanoamérica, con los inteligentes jesuitas que harían su trabajo bajo capa de religiosidad. A su vez, estos hicieron uso del siguiente material de propaganda: 1º El falangismo combate enérgicamente el comunismo, (ya que saben perfectamente que esa doctrina no pega entre nosotros y es un cuco para asustar a nuestras buenas gentes). 2º El falangismo es un defensor de la cristiandad (lo que no es cierto porque lo que defiende es el clericalismo, el jesuitismo, negando la propia esencia del cristianismo de amor, paz y caridad), y 3º El Falangismo representa la "Hispanidad" y lucha contra los avances de lo "anglosajón" (lo que tampoco es cierto, por cuanto representa la idea política totalitaria y niega la democracia).

A estos principios de divulgación publicitaria, hay que agregar, que cuando el medio político lo permite, hacen una campaña tendiente: 1º A tratar de justificar el derecho que les asiste dentro de una democracia para tener ingerencia en los negocios del estado; y 2º Aprovechamiento de la condición religiosa del elemento mayoritario, el obrerismo, para organizarlo y sindicalizarlo a su modo, a fin de contar con una fuerza viva y susceptible de movilizarla en cualquier tiempo para sus fines particulares.

Aplicando el caso a Guatemala, hemos visto cómo lo que puede llamarse la parte medular del plan se ha llevado a cabo con todas sus consecuencias. En tiempo de Ubico entraron a Guatemala muchos agentes sospechosos y algunos frailes extranjeros que han cumplido fielmente su programa. En tiempo de Ubico hicieron la propaganda señalada al principio, porque el dictador se lo permitía, y porque él mismo le tenía miedo pánico a las ideas socialistas y era un hermano espiritual de Hitler y de Franco. La otra parte propagandística, la que se refiere a los intereses propios de la política guatemalteca, no la intentaron porque Ubico tenía la mano férrea y no lo permitía, y cuando alguno de ellos lo intentó inmediatamente lo puso de patitas en la frontera. Ahora que las condiciones políticas han cambiado, que hay completa libertad de acción y pensamiento, han desatado una verdadera ofensiva publicitaria, a efecto de lograr la compactación de un sentimiento unánime que los respalde cuando hagan sus peticiones políticas en forma franca y sin antifaces de ninguna especie, y se han valido, porque ellos no sacan la cara, de distinguidas personas auténticamente católicas y honorables, para llevar adelante su campaña.

Nosotros, y aquí hacemos las aclaraciones del caso, para que la suspicacia de ellos no tergiverse nuestro criterio y lo presente al pueblo de Guatemala como les convenga, no somos anti-católicos, ni anti-cristianos, tampoco somos comunistas; somos cristianos y católicos como la mayoría del pueblo guatemalteco, pero eso sí, estamos porque el clericalismo no se inmiscuya en los negocios del Estado, porque el clericalismo antes que guatemalteco, antes que patriota, es romano, acepta mandatos del extranjero. Nosotros respetamos también en toda su amplitud sus ideas religiosas que son las nuestras, y creemos que en la obra de moralización y reestructuración moral de Guatemala pueden desempeñar un gran papel, pero que concreten su misión a su obra religiosa, a su labor espiritual de saneamiento y curación de almas para ganarlas en el amor y la piedad de Dios. Para dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, los ciudadanos tampoco deben inmiscuirse en la obra moralizadora y catequizante de los sacerdotes, y así cada uno en su terreno, pueden cumplir con la misión del hombre en la tierra: el mejoramiento del hombre por el hombre. Algo más, estamos perfectamente convencidos de que los sacerdotes guatemaltecos comprenden nuestro criterio en toda su amplitud, y que quien tiene ideas opuestas a las nuestras, es cierto sector clerical de tendencia falangista, extranjero en su mayoría, que cumple mandatos del exterior y trabaja por una causa que no es la de ningún buen guatemalteco, de ningún buen patriota, y sí la de los enemigos de la democracia y la concordia universal.

Por eso aplaudimos el desconocimiento del gobierno de Franco, porque define nuestras posiciones en la lucha, en esta lucha que no es sólo guatemalteca, sino mundial y donde existen dos bandos bien definidos: las mayorías explotadas y las minorías explotadoras. Ahora que el pueblo de Guatemala se ha compactado como un sólo hombre con la Junta Revolucionaria, es mentecato censurar sus buenos propósitos, sus ideales revolucionarios que se están llevando a la práctica; sólo los malos guatemaltecos podrían malinterpretar los hechos y darle otro sesgo a esta cuestión fundamental, y ahora es cuando el pueblo guatemalteco puede meditar bien este asunto para que deduzca cuáles son sus lógicas consecuencias y cómo ha de procederse en razón de ser.

"El Libertador", Guatemala.

Aquel que hace violencia por necesidad, ha padecido él primero de la necesidad de la violencia. Ella es una ley, la más aborrecible de las leyes. Ella es una justicia, la más rigurosa de las justicias.—QUEVEDO.

Cartas de España

Párrafos de una carta recibida de España:

Es creencia general entre la mayoría de los españoles que es casi inminente un cambio de política en España, ya que la situación del franquismo es cada día más insostenible. Desde luego que se desecha por completo cualquier solución de tipo monárquico, entre otras razones, porque los pocos elementos que preconizan esa solución están incursos en las responsabilidades de la sublevación fascista y completamente desprestigiados en el país. Sólo se piensa en la República como única solución compatible con los sentimientos de los españoles y como único régimen capaz de solventar los grandes problemas que el franquismo ha creado en el país. En general se teme volver a otra guerra civil, pero si fuese imposible evitarla, se tiene ahora la seguridad de que los fascistas españoles no pueden ya contar con la ayuda de Italia y Alemania como en la pasada. Además se piensa que un movimiento para restaurar la República no sería entorpecido por las naciones aliadas. Como dato sintomático de la creencia que tiene la gente de que el cambio de régimen no se hará esperar mucho tiempo se puede citar el de los españoles que cruzan la frontera Sur de España, quienes se dirigen a los amigos o familiares que tienen refugiados en Gibraltar diciéndoles que muy pronto esperan verlos en España, o alguna frase parecida.

AL DESNUDO

República Española, el libelo difamatorio que defiende la política personal del Dr. Negrín, nos dedica un suelto que pretende ser una respuesta. Naturalmente, el suelto es digno del papel. De él copiamos:

"Comencemos por el capítulo de las mentiras. Hemos dicho en otra, para nosotros triste ocasión, que REPUBLICA ESPAÑOLA no se sostiene con inyecciones del tesoro español y quien miente, al decir lo contrario, es la Hoja parroquial, sufragada con ciertos dinerillos que se olvidó de entregar a la Junta Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles, el detentador del "VITA".

Tras de lenguaraces y embusteros ¿delatores también?

UNA HOJA SUELTA

¿QUIEN LA ESCRIBIO?

Arrancada de las notas de un diario, nos hemos encontrado esta hoja suelta, con una fecha demasiado reciente. Sin duda que ha atravesado el Océano. Pero ¿quién la escribió?

He oído dar las dos de la madrugada. Yo no sé lo que me pasa, que cada día me despierto antes. Y ni a mí mismo quiero descubrirme las fantasmas y las lucubraciones que me quitan el sueño. Menos mal que le traen a uno temprantito el parte de los correctivos "ejecutados" durante la noche, y eso nos refresca el corazón.

He despachado pronto con mi confesor. Le digo: "Lo de siempre"; y ya me entiende. Ya sabe él que en cambio no digo palabrotas.

Encerrado en mi despacho he oído un poco las noticias aliadas y casi no he podido desayunar. ¡Caramba, y qué mal va ésto!... No quiero ni mirar el mapa. Al fin y al cabo ¿qué me importa eso, si yo, más que generalísimo, soy un gran diplomático?... Tres veces me he sentado con el propósito de escribir a Stalin. El podría suavizar a ese par de demócratas anticuados el día de mañana, si nos aliáramos bajo cuerda.

¡Estoy con unos nervios!...

No me he decidido a escribirle, porque si se enteran estos alemanes que tengo vigilándome al rededor, me asan. Por los falangistas, no me importaría. ¡Pobrecillos! ¡Apenas iban a respirar a gusto si les dijera: "Ya estoy de acuerdo con la URSS!"

He ido al W. C.; no estoy bien.

Mi niña ha entrado al despacho, y cambié urgentemente la estación de radio. La de Madrid estaba en ese momento enterando al público de la reglamentación contra la blasfemia y contra los trajes de baño escandalosos. El espiquer le daba un tono zumbón para no perder las simpatías de su clientela. He tomado nota de ello.

Carmencita venía a pedirme que la pintara un retrato Velázquez. Yo la he dicho que me parece que se ha muerto; pero la verdad es que no quiero dejar aquí recuerdos que produzcan la ironía si nos vamos a la Argentina. Además, si no me equivoco, me parece que Velázquez está en México; es de los que creen que, porque no están con las dictaduras, ya son mejores pintores o intelectuales. Tengo que preguntarle a mi representante clandestino que si el tal artista anda por allá. Pero sé lo que me va a contestar: "¿Fulano? Vive como un príncipe". Ya le voy tomando manía a mi representante; nunca me habla del hambre de los refugiados.

Ha estado a verme el obispo. ¡Es tan bueno! Venía a pedirme la libertad de unos presos. Me ha hecho gracia, porque al adivinar mi extrañeza, me ha dicho inmediatamente: "No, no se preocupe; no me refiero a presos políticos". En efecto, se trata de un sobrino de su ama y de un compinche, que robaron un reloj. Veremos. Creo que podré servirle. Mis jueces son tan comprensivos...

Otra vez he ido al cuarto de baño.

He tenido una entrevista secreta con un enviado del Embajador alemán. Quieren más aceite. Yo le he dicho que no teníamos, ¡y se me ha colado hasta la cocina! Esta gente me tiene entre la espada y la pared.

(Lo del W. C. me preocupa; yo creo que es una cosa de nervios).

He comido poco; no tengo apetito; una sopita con bromuro y un par de huevos con unas vitaminas que dicen los alemanes que son buenísimas. Pero empiezo a desconfiar.

Luego he cogido el último libro de Eugenio Montes; me gusta tener un rato de lectura, como los grandes estadistas; pero ni con eso he podido dormir mi siestecilla. ¡Es el colmo!

Mi esposa, que tiene ilusión, la pobre, de parecer reina, se ha empeñado en que fuéramos un rato a dar un paseo en coche por el Pardo. Una imprudencia; porque he tenido que esconderme a prisa y corriendo detrás de unos matorrales. ¡Cómo estoy! Ni en Africa, cuando había combate, iba tantas veces. Yo creo que esto es un síntoma de que las cosas no marchan bien.

He despachado con uno de los de la guardia mora.

De pronto me han llamado de la Embajada inglesa. De poco tiempo a esta parte, cuando me llaman los Aliados me echo a temblar. Me lo temía: "¡ya se han enterado de que el alemán arrambló con el aceite de la cocina de Palacio! Me traen y me llevan como a un zarandillo.

Por la noche ha queriao mi esposa llevarme a una piececita muy piadosa de Pemán. Pero no quiero ver cara a cara a ningún público. La he dicho que se vaya con su padre; y con el de Pemán.

Yo, al W. C. y al lecho. A ver si esta noche puedo dormir un poco.

(El copista - R.).

TEORIA Y REALIDAD

REPUBLICANISMO ROMANTICO

Es la Revolución francesa, en los tiempos modernos, el primer hecho universal que se produce en la historia de un pueblo. Por vez primera, después de muchos siglos, aparece ante los hombres la idea de una patria universal, humana, la patria de la Libertad y del Derecho. Klopstock en Alemania y Alfieri en Italia cantan la toma de la Bastilla. La tribuna de la Asamblea Constituyente se convierte en tribuna de todos los pueblos. Bentham envía a la gran asamblea su Memoria sobre la reforma de las prisiones, y Godwin su Ensayo sobre la justicia política. En la gran fiesta de la Federación representa a los extranjeros el prusiano Anacarsis Klotz. Los extranjeros residentes en Francia, a quienes la Constitución otorga el derecho de ciudadanía, intervienen en las luchas políticas: fundan periódicos, peroran en los clubs. Cuando los reyes declaran la guerra a la Revolución, en los ejércitos republicanos flamean al frente de las legiones extranjeras todas las banderas de Europa. Y Francia, generosa, ofrece su ciudadanía a los hombres eminentes que en sus respectivas patrias luchan por los nuevos ideales. Los ingleses Priestley, Paine, Bentham; Wilberforce, el defensor de los negros; Macintosh, el contradictor de Burke; David Williams. El suizo Pestalozzi, el gran pedagogo. Los grandes poetas alemanes Klopstock y Schiller. Washington, Hamilton y Madison, fundadores de la libertad americana. Priestley, Paine y Klotz fueron después elegidos miembros de la Convención.

Luego sobrevinieron las guerras napoleónicas. El imperialismo francés despertó los patriotismos agresivos de Alemania, de Austria, de Italia, de España. Al ideal de solidaridad internacional sustituye el del equilibrio europeo, que renace con la Santa Alianza. Tras algunos años de paz, se reproducen las guerras nacionales. Nuevos imperialismos surgen en los campos de batalla y el internacionalismo de la democracia va a esconderse en las organizaciones socialistas y obreras, bajo los pliegues de la bandera roja.

El internacionalismo democrático tiene una de sus manifestaciones más esplendorosas en la revolución de 1848, verdadera explosión de fraternidad universal. En la fiesta del 4 de Marzo ondean, al lado de la bandera francesa, las banderas de Alemania y de Italia y de todos los pueblos esclavizados de Europa. Los hombres de la democracia, Ledru-Rollin, Raspail, Barbés, Luis Blanc, Delescluse, quieren que Francia se erija en libertadora de todas las nacionalidades oprimidas. Bajo la presión del pueblo de París, la Asamblea Nacional invita al gobierno revolucionario a que favorezca la reconstitución de una Europa libre, empezando por establecer un pacto fraternal con Alemania.

Y el espíritu democrático de 1848, sobrevive al golpe de Estado de Luis Napoleón, y se manifiesta pujante aún durante las etapas más reaccionarias del segundo Imperio. En 1855, con ocasión de la guerra de Crimea, el republicano Ledru-Rollin, de acuerdo con Mazzini y Kossuth, formula un plan de federaciones europeas encaminado a la constitución de un organismo internacional que comprendiese todos los Estados del continente. En los últimos años del Imperio, los republicanos franceses, inteligenciados con Mazzini y Garibaldi, concibieron el proyecto de unos Estados Unidos de Europa. Se constituyó una "Liga de la Paz", de la que formaban parte, entre otros muchos franceses insignes, Víctor Hugo, Edgard Quinet, Luis Blanc, Henri-Brinon, Eugenio Pelletan, Julio Simon, Eliseo Reclus, y a la que pertenecía también nuestro gran Castelar. Esta "Liga de la Paz", en un congreso celebrado en Ginebra, a cuyo programa se adhirió la Internacional obrera, propuso la creación de un organismo jurídico que sustituyese a la paz armada. En un segundo congreso, celebrado en Lausana, fueron discutidos los siguientes temas: bases para una organización federal de Europa; medios para resolver la cuestión polaca y la cuestión de Oriente; supresión de los antagonismos económicos entre las clases y entre los pueblos. Sobre el primer extremo fué votada la siguiente proposición: "El Congreso declara: primero, que el único medio de fundar la paz europea es una federación de los pueblos bajo el nombre de 'Estados Unidos de Europa'"; segundo, que el gobierno de esta Unión debe ser republicano y federativo, es decir, descansar sobre el principio de la soberanía del pueblo y respetar la autonomía y la independencia de cada uno de los miembros de la federación; tercero, que la constitución de este gobierno debe ser reformable; cuarto, que la federación europea debe garantizar a cada uno de los pueblos que la constituyan la soberanía y la autonomía; quinto, que ningún pueblo podrá pertenecer a la federación europea si no se halla en el pleno ejercicio del sufragio universal, del derecho de votar los impuestos, del derecho de paz y de guerra, del derecho de establecer alianzas políticas y tratados de comercio, del derecho de modificar por sí mismo su constitución".

Era, aunque limitado a Europa, algo bastante más democrático que lo que se constituyó andando el tiempo con el nombre de Sociedad de las Naciones. En el ambiente de esta fracasa el proyecto de Estados Unidos de Europa de Briand en 1929. Y todavía hoy parecen un sueño los ideales que proclamaban los republicanos románticos de 1848.

ALVARO DE ALBORNOZ

La Situación de España

Una nota de D. Miguel Maura

Don Miguel Maura ha hecho pública en París la siguiente nota:

"Considero necesario declarar públicamente en estos momentos, en que todos los partidos republicanos y las organizaciones obreras que tomaron parte en la guerra, con la sola excepción del Partido Comunista Español, han ofrecido su apoyo y asistencia a un Gobierno provisional presidido por mí, que este Gobierno estaría formado por republicanos que no hubieran tomado parte activa en la lucha por el Gobierno.

Todos los españoles con espíritu ampliamente liberal de paz y concordia nacionales, una vez terminada su tarea, darán pasos hacia la legalidad republicana, representada por el señor Presidente de la República y a la Constitución de 1931. Queda, pues, a salvo la responsabilidad de la República y de los republicanos por lo que pueda sobrevenir en España si se demora una resolución pacífica de la contienda española. Deseamos que las naciones aliadas y la opinión internacional puedan juzgar la conducta de cada quien".

NO FUERON LOS PUEBLOS

No fueron los pueblos de Inglaterra y Francia los que crucificaron y encerraron en campos de concentración a los españoles leales; fueron los gobiernos de dichos pueblos. No fueron los pueblos de Inglaterra y Francia los que crearon el Comité de No Intervención y consintieron a Hitler y a Mussolini una intervención abierta; fueron los Gobiernos. Los únicos "hechos" reales de la situación se reducen a que la camarilla de Clividen en Inglaterra y los Laval en Francia, temían y odiaban al Comunismo más de lo que temían y odiaban a Hitler. No fué el pueblo de Norteamérica el que embargó los suministros de petróleo para la España republicana; fué el Gobierno de los Estados Unidos. No fué el pueblo de Inglaterra el que dejó en entera libertad al Japón en Manchuria y a Mussolini en Etiopía; fueron los funcionarios públicos de la Liga de las Naciones. No es el pueblo el que quiere postergar la definición de libertad para todo el mundo hasta que acabe la guerra y el que dice "Ganemos la guerra primero", sino que son los Gobiernos los que tales cosas hacen.—LIN YUTANG.

ESTAMPAS DEL EXILIO

OLVIDO

I

"Los restos de las hordas rojas, sucias y deshechas, en completa retirada, escalan los montes pirenáicos en avalancha pavorosa e inquietante sobre el suelo de nuestra Patria".

(De un diario francés).

Y vuelvo a recordar... Mas al llegar al límite de la frontera, allí en la propia cima del monte pirenáico, en donde queda separado Francia de España, el niño, mi fiel y tierno compañero, que llega primero, se sienta en el suelo, esperándome. Después, al verme llegar, lleno de sudor y cansancio, me dice, con su hablar dulce y cariñoso:

—Estás cansado, ¿verdad? Pues ya puedes sentarte... Mira, aquel pastor de allá —su índice me señala un pastor con su rebaño, allí en tranquilo y plácido ocio en la pradera— me ha dicho que eso ya era tierra francesa.

Me siento a su lado, dejando cuidadosamente al suelo mis muletas... En este momento de parada y reposo, el niño, el niño y yo, sentados codo a codo, como padre e hijo que se marchan tristes y desolados hacia al destierro, estamos mirando España, nuestra tierra madre, igual que si nos hubiésemos detenido un instante en el camino para darle nuestro último adiós. En nuestros ojos hay un velo muy fino y lampeante de nostalgia, y envueltas nuestras vidas dentro de un silencio profundo, impresionante, el pecho late al compás del recuerdo y del ser bien amado, que hemos dejado allá sin saber cómo y cuándo lo volveremos a ver.

Mas ahora el niño, siempre tan inocente y bueno, me pregunta, sin dejar de mirar allá a lo lejos, y así como si estuviese pensando en algo muy serio:

—Y si papá no puede salir de Valencia, ¿lo matarán?

* * *

El hombre se ve ante un mar, grande y libre. A sus ojos pasan los buques y las aves en vuelo cantando a la vida y a la libertad... Sueña. Un suspiro de esperanza brota de su corazón. Y después, a la noche, se va a la playa, y como un iluso, habla solo; o bien se entretiene, como un niño, contando de una a una todas las estrellas del cielo.

II

Las once de la mañana... Unos gritos, una voces subidas y timbrantes, anuncian la llegada de los periódicos.

—"L'Indépendent!"...

—"La Dépêche!"...

—"París-Soir!"...

La gente va, y compra el diario. Los vendedores, ante la puerta del campo, con sus pliegos uniformes y voluminosos debajo del brazo, cantan y cantan.

Entre tanto, la curiosidad, el afán de noticias, junta a los hombres en grupos numerosos y atentos. Todo el mundo vive ansioso de conocer las últimas informaciones de España... Ha caído Madrid. Es el fin de la guerra. Empieza para nuestro pueblo exhausto e inerme una nueva tragedia de sangre.

El odio y la venganza son el yugo y las flechas del emblema de este ejército de buitres de la noche.

Me acerco a uno de esos grupos. Un joven, en voz alta, lee y traduce. Sigue y sigue. Cuando ha terminado, un soldado interviene:

—Pero, ¿no habéis observado? La prensa no dice nada absolutamente de los miles y miles de españoles enfermos y olvidados que yacen por esos arenales de la orilla del mar. Hablan de Franco, nada más que de este caudillo traidor... Elogios, aplausos, laureles. El mismo Pío XII lo bendice y lo llama enfáticamente el Fénix de la Paz y de la Cristiandad humana... En cambio ni una sola palabra de piedad para el pueblo adolorido, humillado, hambriento.

—El vencido no interesa a nadie. El mundo siempre dirige los ojos hacia al más grande, al más influyente, al más poderoso. Nosotros, ante la pérdida de la guerra, ya no somos pechos de bronce ni cerebros iluminados del Ideal.

—Somos los rojos... —insinúa, irónicamente, un tercero.

Algo así como unos judíos errantes que infunden, al compás de sus pasos, el terror y el miedo entre los pacíficos pobladores de los campos y de las aldeas.

* * *

Se ha disuelto el grupo. Vuelvo a mi sitio, a mi lugar escogido... El fuego, la pequeña hoguera que había dejado abandonada al salir, no se ha apagado; aún sigue encendida, con una llama que saliendo del mismo corazón del rescoldo se alza y sube como el suspiro de una alma viva y latente.

La casita era blanca,
blanca, blanca.
Blanca era mi casita
del mar.
(Mañana
y tarde,
alegría).
Y viene una noche, oscura y fría.
¿Oyes, una avecilla,
llorar?

A. CABRUJA-AUGUET

UN REPRESENTANTE ILUSTRE DE FRANCIA

Jacques Maritain

El Gobierno de la República Francesa acaba de nombrar a Jacques Maritain embajador de Francia ante el Vaticano.

Maritain es una de las más eminentes personalidades católicas de Francia, conocida en el mundo entero como humanista de primera fila y gran filósofo.

Es hijo del célebre abogado parisiense y nieto, por la línea materna, de Jules Favre; antiguo agregado de Filosofía y alumno de Bergson, fundó con M. Péguy, los "Cuadernos de la Quincena"; la influencia de Péguy y de Psichari, pero sobre todo de León Bloy, orientaron a Jacques Maritain hacia el catolicismo.

Fué lector de la Universidad de Koenisberg y se apasionó por Santo Tomás de Aquino; dos de sus obras han alcanzado las cimas de la celebridad y son "Arte y Escolástica" y "Anti-Moderno y Theonas". Fundó en 1923 el "Roseau d'Or" con Stanislas Fumet, y publicó las siguientes obras fundamentales: "Grados del saber", "Humanismo integral" y "Primacía de lo Espiritual" en la cual se yergue contra la "Acción Francesa" y las doctrinas propaladas por Charles Maurras.

Después de los acontecimientos dolorosos de junio de 1940, provocados por la tradición de Vichy, se refugió Maritain en los Estados Unidos, en donde realizó magnífica labor esparciendo la cultura y el prestigio de Francia.

Durante la guerra española, Jaques Maritain, como otro gran escritor católico francés, George Bernanos, fué defensor ferviente de la República y un implacable fustigador de Franco.

TIEMPOS INFAMES

Hambre y miseria en España

Mientras dure en España el régimen franquista no habrá otra cosa que hambre y miseria. Los sufrimientos de aquel país desgraciado no tienen fin en tanto no sea derrocado el sanguinario militar que ha destrozado a su propio país.

Tenemos a la vista el testimonio fidedigno de varias cartas que han llegado a México por distintos conductos, y todas ellas coinciden en lo mismo: El hambre de España no será posible desterrarlo mientras Franco esté en el Poder. Esto ha dado lugar a que frecuentemente se produzcan alborotos y motines, como protesta, pero actualmente en España no se pueden producir quejas. Los regímenes totalitarios no admiten críticas, sólo alabanzas y exaltaciones.

Es tan grande la falta de trabajo en todo el país que hace dos meses se formó en Valladolid una pequeña manifestación que intentó ir hasta el Gobierno Civil para pedir remedio a la desocupación. Rápidamente salieron al paso de los manifestantes varias parejas de guardias civiles causando dos muertos y varios heridos. No fué esto solo. Las autoridades franquistas dieron órdenes severas para que fueran detenidos y encarcelados todos los manifestantes, y en la cárcel se encuentran desde aquel día sesenta y cuatro personas que no cometieron más delito que pedir trabajo.

Existe y existirá el racionamiento obligatorio. Por algo hoy España es un cuartel y un cementerio: el cuartel de Franco y el cementerio de Falange. Fué en Albacete y en uno de esos repartos de víveres que de vez en cuando se hacen en las tiendas. Acudió tanta gente que la cola daba vuelta a varias calles. Llovía a cántaros, pero el público esperaba el medio kilo de arroz que se reparte por persona cada quince días, y es tanta la necesidad que ni la lluvia, ni el granizo, ni la nieve pueden quitar el ánimo a los pobres españoles. Después de muchas horas de espera los guardianes que vigilaban las colas, recibieron aviso de disolverse porque el arroz lo iba a repartir el Sindicato de Falange. Parte del público protestó airadamente contra aquella falta de consideración en que se tenía a la gente del pueblo, y los vigilantes la emprendieron a culatazos, siendo encarceladas muchas personas por haber manifestado su desagrado.

El espectáculo del Madrid contemporáneo es tan triste que nadie conoce a la antigua capital de España, ni los mismos madrileños. Ya no hay verbenas, ni fiestas populares en los viejos merenderos de la Bombilla, ni bailes en las barriadas típicas. En Madrid no hay en la actualidad otra cosa que hambre y dolor, sufrimiento y lágrimas. Pues en ese Madrid que fué envidiable y admirado por su alegría sana y contagiosa, existen hoy miles de hombres sin trabajo. Y cosa muy corriente en el régimen franquista, no pueden decir que están sin ocupación. También esto es un delito en la España franquista. En las bocas del metro se forman largas colas de personas decentemente vestidas que imploran la caridad pública: antiguos oficinistas, mecánicos, oficiales de los distintos ramos de las pequeñas industrias, obreros, trabajadores todos pero sin trabajo. Las autoridades franquistas tienen prohibida la mendicidad, lo que no impide que la mitad de la población se dedique a pedir limosna. En una de esas bocas del metro, la de Goya y Torrijos, había estacionadas más de cien personas, todas con el ánimo deprimido, la voluntad rota, las ilusiones perdidas y una remota esperanza en sus ojos febriles, sin otra ocupación que la de pedir limosna. De pronto se presentan dos oficiales y varios guardias de asalto, y con palabras groseras, esas palabras vergonzantes que usan los militares reaccionarios, capaces como lo hicieron, de sublevarse contra su patria y humillarse ante los militares extranjeros, invitan a los que se hallaban en aquel lugar a que se marchen. Unos, los más, se marchan resignados, entristecidos, cabizbajos, pero surgen otros cuantos más animosos que replican a las groserías. ¿Qué pasa entonces? Violentamente se les da un puñetazo en las quijadas para que callen, se les ata codo con codo, y a empujones y entre insultos se les conduce a la cárcel de la calle de Porlier. Y allí están quien sabe por cuanto tiempo. Como última muestra por hoy, de este cuadro espeluznante que es España vamos a relatar otro sucedido.

Una señora de Santurce, cuyo hijo se encuentra en Caracas, escribió a éste y entre otras cosas le decía en la carta que allí la vida cada día estaba más cara, siendo humanamente imposible poder comer estando los jornales tan desproporcionados, y añadía que en el país del pescado las sardinas valían a doce pesetas el kilo, y hasta para comprar un kilo se precisaba un vale. Aquella carta, por desgracia, cayó en manos de un censor cerril y fanático y dió cuenta de su contenido. La señora fué detenida y condenada a cinco años de cárcel por injurias contra el Estado.

Esta es la España del criminal Franco.

CLEMENTE CRUZADO

Eleccion de Directiva

Círculo Republicano Español de Palma Soriano

Habana, enero 12. — En reunión extraordinaria celebrada por el Círculo Republicano Español de Palma Soriano, para elegir la Comisión Ejecutiva que regirá durante el año 1945, fueron designados los siguientes señores:

Presidente: Antonio Núñez Bouzas.

Secretario General: Lcdo. Félix Méndez Gracia. (Reelegido).

Tesorero: Andrés Fornés. (Reelegido).

Contador: Fermín Prieto Gómez.

Vocales: José Rial Varela, Atanasio Ventosela, Miguel Núñez Bouzas.

Todos ellos tomaron posesión de sus cargos en la asamblea celebrada al efecto el pasado día 8 de enero.—CORRESPONSAL.

Comparaciones

Católicos y... Católicos

En Francia ha reaparecido, no hace muchos días, el periódico católico "La Croix". Reaparece con el orgullo de haber contribuído sus redactores y colaboradores, tan eficazmente como les fué posible, a la tarea de la resistencia engrosando las filas de los patriotas que ponían en juego su vida por Francia. Comentando la reaparición de "La Croix", Maurice Schumann dice en "Aube":

"No solamente la Diócesis de París se enorgullece de sus cincuenta sacerdotes detenidos, deportados o fusilados; no solamente el clero secular tuvo su Abate Bompain, de la orden de Santo Domingo; sus padres Guilhaire y Chenault de la orden de San Francisco; sus padres Aubrey y Corentin, de la Compañía de Jesús; sino que también el órgano del catolicismo en plena zona "no ocupada", ocultaba en su seno un verdadero grupo de resistencia que colaboraba, cierto es, pero contra los hombres de Vichy y de Montoire, y con los apóstoles de la liberación y de la insurrección nacional sin distingos de familias políticas o espirituales".

Cualquiera que sea la posición de conciencia que se tenga respecto al credo católico ¿cómo no establecer un paralelo entre el clero francés, empezando por sus más altas jerarquías, y el clero español, empezando también por su cabeza? Ni en Francia, ni en ninguna parte, se distingue el catolicismo por su mentalidad revolucionaria, en el sentido menos sospechoso de la palabra, pero cuando menos reune unas cualidades que ya quisiéramos, ¡ay!, descubrir en nuestros obispos, arzobispos y cardenales españoles. Por ejemplo, la del patriotismo. Nos cuesta mucho trabajo creer que los obispos franceses hubieran sido capaces de propiciar y bendecir una guerra civil tan bestial como la provocada por la sublevación de 1936 en España. Pero de lo que estamos absolutamente ciertos, porque la realidad lo demuestra, es de que la iglesia francesa no ha olvidado la voz del patriotismo. Y en la ocasión actual, en la que se prostituyeron tantas gentes que se decían incluso de izquierdas, el clero francés supo mantener una actitud digna y enérgica que le hace acreedor al respeto que hoy se le profesa. Salvando algunas excepciones ¡quién pudiera decir lo mismo de la Iglesia española! Claro es que los obispos españoles creían que el patriotismo estaba representado por ellos, los alemanes, los moros los italianos, la Falange ... y nadie más.

Los traidores

El nombre de Charles Maurras, fué borrado de la Academia Francesa

PARIS.— Febrero 6 — La Academia Francesa decidió excluír de su séno a Charles Maurras, el jefe del Partido Realista "Acción Francesa" que fué sentenciado a prisión perpetua por el tribunal de Lyon.

La nota emitida al respecto dice: "La degradación nacional a que ha quedado sometido Charles Maurras lleva en sí la destitución y exclusión de toda clase de funciones. La vacante del sitial que Maurras ocupaba en la Academia Francesa, será proclamada de acuerdo con la tradición dentro de cuatro semanas".

Page en el Louisville *Courier-Journal*.

DOCUMENTOS

El Decreto del rompimiento entre Guatemala y el Gobierno de Franco

El decreto mediante el cual la Junta Revolucionaria de Guatemala desconoce al gobierno del generalísimo, dice así:

LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE GOBIERNO

CONSIDERANDO:

Que el pueblo de Guatemala, que ha conquistado su libertad mediante el derrocamiento de las dictaduras de regímenes totalitarios, posee aspiraciones genuinamente democráticas, y que el Gobierno de la República está en el deber de interpretar y cumplir esas aspiraciones:

CONSIDERANDO:

Que el régimen de España es de tipo netamente totalitario y que su ideología y procedimientos repugnan a los principios de la Revolución y a los postulados de la Democracia.

CONSIDERANDO:

Que la falange española constituye un foco reaccionario cuyas maniobras representan un riesgo para la seguridad continental y perturban la tranquilidad y la paz en la República; y

CONSIDERANDO:

Que el reconocimiento del régimen falangista de España, por parte de Guatemala, en 1936, se debió a simpatías personales y analogías de principios, de parte de la dictadura totalitaria de Jorge Ubico, en abierta pugna con el sentimiento e ideología de nuestro pueblo;

POR TANTO:

Cumpliendo con los principios fundamentales de la Revolución del 20 de octubre de 1944, contenidos en el Decreto Número 17,

DECRETA:

Artículo 1°.—Queda sin efecto el reconocimiento dado por el Gobierno de Guatemala al régimen que preside en España el General Francisco Franco.

Artículo 2°.—La Secretaría de Relaciones Exteriores queda encargada del cumplimiento del presente Decreto, del cual se dará cuenta inmediata a la Asamblea Nacional Legislativa.

Dado en el Palacio Nacional, en la Ciudad de Guatemala, a los veintidos días del mes de enero de mil novecientos cuarenta y cinco.

FRANCISCO J. ARANA — J. ARBENZ.

El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores.

E. MUÑOZ MEANY

VALIJA *indiscreta*

BERLIN

El doctor Goebbels, encargado de la defensa de Berlín, ha anunciado que la capital alemana será incendiada y arrasada y no quedará piedra sobre piedra cuando entren en ella los rusos. ¿Qué haría, entonces, si en vez de ser precisamente el encargado de defenderla fuese el encargado de destruirla? Lo lógico sería que al ver amenazado Berlín por los rusos, el doctor Goebbels anunciase que iba a arrasar Leningrado, pero, por lo visto, se da cuenta de que no lo puede hacer y se contenta con arrasar lo que tiene más a mano. Así se cumple hasta el fin el programa nazi que ofrecía la felicidad del pueblo alemán y poner orden en el Reich.

No sé qué pensar de estos propósitos numantinos del doctor Goebbels. Es tan bestia que quizás los lleve a la práctica, aunque todavía tienen los berlineses el recurso de ser ellos quienes incendien y arrasen al doctor Goebbels. Acaso no se decidan a hacerlo porque los alemanes tienen lo que un famoso psiquiatra austríaco les diagnosticó como "complejo de obediencia". Pero, de todas maneras, uno se resiste a creer que en nuestra época haya numantinos, cuando se puede escapar en avión.

La suerte de Berlín está, sin embargo, pendiente de un hilo y acaso dentro de unos días toda aquella maravilla urbana —con cierta pesadez monumental— esté convertida en un montón de ruinas humeantes. ¿Perderá gran cosa la humanidad con la destrucción de Berlín? Sin duda el doctor Goebbels habrá querido conmover con su amenaza a las personas civilizadas que se conmovieron cuando se supo que corrían peligro París o Roma. Por mi parte, aunque lo lamentaría, me inquieta menos la destrucción de Berlín que la de cualquier pueblecito español que fué bombardeado por la aviación alemana. Yo no podría echarme a llorar el día que los berlineses prendieran fuego a su ciudad, pero reconozco que es una barbaridad innecesaria y convendría evitarla.

Yo he pasado ratos deliciosos en Berlín y creo que se haría bien en salvar esa ciudad siempre que pudiera volver a ser lo que fué antes del nazismo. De aquella época son mis mejores recuerdos de espectador callejero de la capital alemana. Estuve allí varias veces durante la República de Weimar, y Berlín me dió la impresión de ser una ciudad bastante divertida, viciosa y alegre, con una alegría superficial y tosca si se quiere, pero que contrastaba con la tristeza que velaba en aquel tiempo a casi todo el resto de Europa. Había en Berlín bastante lujo, no se veían por la calle espectáculos de miseria, y la gente parecía bien vestida y alimentada. Es posible que las estadísticas de entonces demuestren todo lo contrario y que sociólogos y economistas tengan razones para suponer que Alemania atravesaba por aquellos días una crisis espantosa. Yo, sin embargo, no puedo dar más crédito a las estadísticas, a los sociólogos y a los economistas que a lo que vi con mis propios ojos. Acaso fuese una prosperidad ficticia y superficial, como la espesa alegría de aquel Berlín, pero yo me refiero a los años 28 y 29, cuando se había liquidado ya la gran estafa de la inflación y había en Alemania menos obreros parados que en Inglaterra o en los Estados Unidos. En cada esquina de Berlín había un "dancing" y por las noches parpadeaban sus letreros luminosos, innumerables: "Tanz", "Tanz", "Tanz"... No sé si se bailaba sobre un volcán, pero lo cierto es que en Berlín se bailaba mucho. Kurfürstendam era una feria de placer caro y fastuoso. Por la gran avenida desfilaban las cortesanas más suntuosas de Europa, y contrastaba su lujo con el aspecto casi familiar y "pequeño burgués" que tenían por aquel tiempo las pobres peripatéticas de los bulevares de París. En la Opera actuaba Chaliapin y las funciones eran de una ostentación imponente. (Recuerdo que un periodista inglés, amigo mío, se abstenía de ir a oír cantar a Chaliapin, a quien, sin embargo, admiraba mucho, por esta razón típicamente inglesa: "A mí me gusta extraordinariamente cómo cantan los hombres —me explicaba—, pero no me gusta nada cómo cantan las mujeres; y en la ópera lo dan todo mezclado"). El café Romanische había superado a la Rotonda de París en la presentación de una bohemia internacional, alborotadora, melenuda y delirante. Las muchachas berlinesas habían perdido grasa y adquirían un tipo ágil y deportivo realmente encantador, con bastante "sex appeal". En algunos music-halls se presentaban revistas deslumbrantes a base de desnudos femeninos de una corrección clásica y picante. En la céntrica Friedrichstrasse se exhibía, a la puerta de una de esas salas, una fotografía de tamaño natural de la muchacha menos vestida de la "troupe". Las familias burguesas, acompañadas por niños zangolotinos y jovencitas románticas, pasaban por delante de aquella fotografía edénica con absoluta indiferencia. En el Wien Kaffee servían mal café con buenos pasteles y música excelente. Había una cierta corrupción aparente en las costumbres, lo que siempre da atractivo a una gran ciudad. Lo más repugnante era el desvergonzado auge que había adquirido el homosexualismo, pues en aquella época los registros de policía tenían fichados a varios miles de caballeros autorizados para ir vestidos de señora —los famosos "travestis"— y ejercer la prostitución callejera. Este es un viejo vicio entre los alemanes y, por lo visto, lo único que han sabido imitar bien de los antiguos griegos. Había cabarets, acaso los más lujosos de Berlín, dedicados exclusivamente a homosexuales, de los que se hacía propaganda descarada a la puerta de los cines de moda frecuentados por familias distinguidas. Pero lo que había de vicio y corrupción en la gran ciudad acaso sólo fuera una espuma flotante, algo postizo, bajo la cual había un pueblo sano, limpio, alegre, libre y con buen apetito. En los entreactos de las comedias sentimentales las señoritas más finas de Berlín devoraban salchichas, a las que llamaban "delikatessen". Yo veía por todas partes un gran orden y una policía muy cuidada. Pero la gente se lamentaba de todo lo contrario. Parecía ser que Alemania estaba resbalando en una peligrosa pendiente de libertinaje e indisciplina social. Era que se vendían por la calle periódicos de izquierda y que los jóvenes republicanos de las organizaciones de combate, enarbolando la bandera de Weimar, se liaban a garrotazos en los parques con los jóvenes nacionalistas y los restos militarizados de los cuerpos francos que llevaban la bandera del viejo imperio kaiseriano. En esos casos llegaba un pelotón de "schupos", marchando con patadas rítmicas que hacían temblar las casas y, blandiendo sus porras contra los contendientes, despejaban el parque. Como es natural, siempre llevaban la peor parte los jóvenes republicanos.

Yo creí entonces que Alemania iba caminando a su regeneración y que lo que necesitaba era un poco de jaleo y de desorden, de desobediencia y de desbarajuste, de corrupción y de juerga, para ver si de ese modo se acababa con el método, el orden y la disciplina prusiana, origen de todos los males de aquel pueblo. Siempre he creído que es menos perjudicial para la humanidad un juerguista o un golfo que un coronel ario empeñado en conquistar el mundo a sangre y fuego. ¡Ojalá les dé a los alemanes —pensaba yo— por bailar y beber y divertirse, y aumente, si eso les gusta, el número de "travestis" con cartilla de la policía, y se rompan la crisma entre ellos! Así creía yo que nos dejarían tranquilos a los demás, y por eso mis recuerdos de paseante municipal por el Berlín republicano son bastante agradables.

Mas está visto que no hay salvación para aquel pueblo, ni aun cuando lo ve uno deslizándose por la más suave y tentadora pendiente del vicio, del tumulto callejero, del desbarajuste, de la calaverada y de la disipación. El nazismo fué una reacción natural del pueblo alemán contra aquel principio de desorden, de corrupción y de indisciplina que hubiera dignificado y humanizado a los germanos. Hitler se presentó como un doncel purísimo que no bebía, ni fumaba, ni comía carne, ni besaba a las chicas. No acabó con el homosexualismo porque en el estado mayor nazi abundan los homosexuales y el mismo Hitler resulta bastante sospechoso, pero prohibió su exhibición callejera. Persiguió a la galantería de lujo, acusando a todas las grandes cocotas de ser judías, y dedicó a las chicas sanas y deportivas a tener hijos de padres desconocidos para convertirlos en soldados. No acabó con la prostitución femenina, pero la organizó metódicamente al servicio del III Reich, con vistas a la maternidad destinada a fines bélicos. En las calles de Berlín no hubo ya más golpes que los que repartían los guardias de asalto nazis. Y el orden llegó a ser tan perfecto, que ahora hay que acabar por incendiar Berlín y no dejar piedra sobre piedra. Hitler pretendió evitar que Berlín fuese una nueva Gomorra, pero el fin puede ser el mismo: la destrucción.

Lo que quizás hubiera salvado a Berlín era precisamente ser un poco de Gomorra, tener un cierto desorden, dedicarse algo al libertinaje y al escándalo, respetar un poco menos a los guardias del tránsito, implantar un cierto grado de disolución, de anarquía y de caos. No lo hizo así, y al leer ahora yo el anuncio de su próxima destrucción, acuden a mi recuerdo los carteles luminosos de los inumerables "Tanz", "Tanz" de Berlín, parpadeando como luces que me hacen guiños para expresar, con pícara tristeza, lo que Berlín hubiera podido hacer—y no hizo—si quería librarse de la condena a muerte dictada ahora contra la gran ciudad por ese pequeño Nerón degenerado, simiesco, charlatán y cruel que se llama el doctor Goebbels.

EL VALIJERO

AYER Y HOY

GLORIAS PASADAS

El 30 de enero de 1933 la gran nueva ha corrido a lo largo de Alemania y ha llenado de transportes gozosos, como un vino fuerte, el espíritu pardo de los nazis. El viejo mariscal, tan pesado de cuerpo como de inteligencia, ha puesto el poder en las manos del grotesco embadurnador de puertas convertido en Mesías de la nueva Alemania. Al atardecer, como si saliera de un extraño estupor, Berlín se entrega a la orgía frenética del triunfo. Se cierran las tiendas, los almacenes, los talleres. Los jóvenes van al encuentro de sus novias. Los padres van en busca de sus mujeres y de sus hijos. De los arrabales de la ciudad y de las villas próximas llegan incesantemente autobuses y trenes cargados con rebaños humanos poseídos de un místico fervor. *¡Alemania, despiértate!* La Wilhelmstrasse parece un hormiguero en trance de locura. La Wilhelmplatz está absolutamente ocupada por una multitud que se aplasta sobre sí misma y escala, nadie sabe cómo, los muros hasta llegar a los balcones en los qué forman racimos las cabezas de los niños y las mujeres. Nadie parece sentir el frío, aunque lo pregona, en el azul sombrío, la claridad brillante de la luna. Un escritor francés que se hallaba entonces en Berlín, Philippe Barrés, sentíase conmovido, sin poderlo evitar, por la gran sinfonía de las voces innumerables que anunciaban un renacimiento del alma de Alemania. Es de suponer que después, en el destierro, viendo a Francia vencida y humillada, Philippe Barrés se haya curado del contagioso entusiasmo de aquellos días. La "gran ópera que aquella muchedumbre llevaba en el corazón" preludiaba, en efecto, la tragedia que le esperaba a Francia, y al resto del mundo —España en vanguardia— seis años después. Pero era demasiado pronto para que lo vieran ciertos ojos deslumbrados por el espectáculo pagano del nazismo exultante.

Entonces se creía ingenuamente —o sin ingenuidad— en la colaboración con el fascismo y se atribuían todos los males a la política de izquierdas. La pobre república alemana había muerto, fundamentalmente, por el resurgimiento de la mentalidad prusiana, pero también por el desamparo en que la dejaron las naciones demócratas que debieron, y no quisieron, ser sus protectoras, como no quisieron más tarde —y también era su deber— apoyar a la república española. La noche del 30 de enero prologaba el drama actual del mundo. Pero el rumor hondo, cargado de amenazas, que se elevaba de la Wilhelmplatz no llegaba a los oídos sordos. ¡Y era tan sugestionante la escena! Hacia las ocho, la multitud se replegó para abrir paso a las columnas de las tropas pardas que llegaban. Pasaban los legionarios nazis levantando sobre las cabezas la llama de las antorchas. Un mar de lenguas de fuego se extendía hasta el infinito en las dos direcciones. El edificio de la vieja cancillería se iluminó y en una de sus ventanas apareció la figura tosca del mariscal Hindemburg. En otra, casi inmediata, se dejó ver la traza de cuervo de Hitler, vestido de negro, haciendo el saludo a la romana. ¡Deustschland uber alles! Alemania despierta de su letargo. Vuelve a ser la Alemania imperial, el pueblo convocado a las grandes empresas de dominio. El brazo del pelele, apenas visible en el marco de la ventana, se agita incesantemente de manera rítmica. La manga del *chaquét* se le ha subido hasta el codo y lo que enseña ahora es el blanco de la camisa. En la otra ventana Hindemburg, soñoliento y medio inconsciente, presencia el desfile con rigidez de soldado que no ha leído otro libro que el de las ordenanzas militares. Representan dos Alemanias distintas y, sin embargo, fatalmente, la misma.

Más de cinco horas ha durado el cortejo, sin que el rebaño humano —¿humano?— haya dado señales de cansancio. Al amanecer, cuando se extinguen los últimos resplandores de las antorchas, la voz de Hitler, difundida por cien emisoras, lleva su mensaje a los oídos de los alemanes: "La tarea que nos queda por cumplir es gigantesca. Debemos cumplirla y la cumpliremos. A vosotros, mis camaradas, no dirijo sino una demanda: Dadme vuestra confianza y vuestra fidelidad, como ayer..." Y como si fuera una respuesta, en las cervecerías de Berlín cantaban los últimos borrachos el himno de los S. A.:

"...fiel hasta la muerte,
Hítler nos conducirá
fuera de nuestra miseria..."

---

30 de enero de 1945. Noticia de prensa: "La aviación aliada realizó un intenso bombardeo sobre Berlín, a la vez que se acercan los ejércitos rusos, que están ya a cien kilómetros de la capital..."

Sic tránsit gloria mundi.

M. A.

EN BUENOS AIRES

Conferencia de don Augusto Barcia sobre Jovellanos

Buenos Aires, enero. — El curso de conferencias organizado por el Ateneo Pí y Margall, que resultó extraordinariamente brillante, se clausuró con una magnífica disertación de don Augusto Barcia que llevaba por enunciado "Las tribulaciones de Jovellanos".

Explicó, en primer término, el orador que hablaba nuevamente de Jovellanos en esta tribuna, a pesar de haberlo hecho en dos conferencias personas de tan excepcional prestigio como don Manuel Blasco Garzón y don Francisco Ayala, porque la personalidad de Jovellanos lo merece y lo exige.

Expone a continuación cómo se inició en el estudio de la personalidad de don Gaspar Melchor de Jovellanos, a través primero de una traducción que el propio orador hizo al castellano de una obra de Mérimée, de unos "Diarios" que le facilitó don Rafael Altamira y de unas "Memorias", por último, que escribió el gran amigo de Jovellanos, Caen Bermúdez, que se firmaba "Bermudo". Después pudo conocer profundamente la obra del genial gijonés, analizando con todo esmero la obra admirada del mejor de los jovellanistas: Julio Somoza y García Sala.

Cuando conoció y penetró en el espíritu de Jovellanos, empezó a darse cuenta del por qué de aquellas contiendas tan apasionadas entre personas de tendencias tan contradictorias, opuestas e irreconciliables como Nocedal y Gumersindo de Azcárate; Guillermo Estrada y Félix de Aramburu; Leopoldo Alas "Clarín" y Vázquez de Mella; Menéndez Pelayo y Altamira, todos los cuales daban interpretaciones totalmente distintas en torno a la personalidad y a la obra de Jovellanos, considerándole unos como el paradigma del liberalismo clásico, y otros como la representación de la tradición más auténtica en la historia del país.

Don Augusto Barcia, con su elocuencia habitual, trazó la silueta política y literaria de Jovellanos y exaltó sus cualidades morales y su recto espíritu. Estableció un paralelo entre su figura y la de don Francisco Giner diciendo que a pesar de ser tan dispares en cuanto a su aspectto físico, espiritualmente son, sin embargo, a través de un siglo que media entre la vida de ambos, completamente iguales, el uno creyente acendrado, agnóstico genial el otro, y ambos espíritus profundamente religiosos. Y así como Jovellanos va a influir, de una manera decisiva en la vida española, en toda la primera mitad del siglo XIX, por su propaganda, por sus obras y por su conducta, Giner de los Ríos va a preparar de una manera esencial también, en los finales del siglo XIX y hasta nuestros días, el desenvolvimiento espiritual de España. Ninguno de los dos perteneció a partido político alguno, y los dos están caracterizados por su asombroso saber, gran honestidad personal, conducta irreprochable y una abnegación sin límites; y los dos son discutidos igualmente; y ambos observan el mismo proceder cuando cada uno de ellos es conducido desterrado: Jovellanos con orden de que no se comunique con nadie, pero en el camino su conductor le propone que escape a Francia y él se niega; y Giner de los Ríos, conducido por un Capitán de la Guardia Civil, con fama de ser uno de los hombres más duros y rigoristas, que incluso le lleva esposado al principio y termina proponiéndole pasar a Gibraltar, a lo que también se opone Giner de los Ríos. Y es que tanto el uno como el otro, por su condición moral, por su calidad espiritual, habían roto, quebrado y deshecho la costra que había creado la falta de emoción moral y de sentido espiritual de aquellos hombres que los conducían, que profesionalmente se habían deformado, y en contacto con ellos se habían transformado y empezaban a sentir y a pensar y a latir en su corazón todos los sentimientos de humanidad propios de la emoción moral. Y así, uno en el campo de la incredulidad, pero con un sentido religioso de la vida, en cuanto para nosotros significa la suprema norma ética de altas e inviolables normas de conducta, y el otro, conforme a los principios de sus creencias y de su fe, influyen de una manera decisiva en la sociedad en que viven.

Explicó cómo la figura de Jovellanos va adquiriendo relieve y prestigio a través de su actuación, siendo primero Alcalde del Crimen, en Sevilla, haciendo después aquel famoso informe sobre la ley agraria, para la Academia de la Historia, que además de ser magnífico desde el punto de vista económico y desde el punto de vista jurídico, es un monumento de arte literario; escribiendo, después, sobre náutica, sobre espectáculos públicos, sobre planes artísticos, sobre pedagogía; informando más tarde sobre la importancia del carbón como combustible en un famoso escrito sobre la explotación de las cuencas mineras de Asturias, concibiendo más tarde la famosa carretera desde Oviedo hasta el Puerto de Pajares, que tuvo realización a pesar de las dificultades topográficas que se oponían; y proponiendo, por último, como Subintendente del Tesoro de las Ordenes Militares, la transformación de estas instituciones en una famosa Memoria que le valió la designación de Real Orden para que se trasladara a Salamanca y pusiera en práctica su propuesta.

Entonces se hallaba en pleno dominio de favoritismo el Príncipe de la Paz, Godoy, que sabiendo las aptitudes de Jovellanos lo aprovechó para todos estos grandes empeños.

Y cuando Jovellanos termina su misión, se entera de que Cabarrús, español de origen francés, hombre capacitado en cuestiones financieras, fundador del Banco de San Carlos, hoy Banco de España, ha sido detenido. Es en el instante en que la Casa Real, más que una mancebía es un prostíbulo. En el tálamo real se resuelven todos los problemas políticos. Todo el mundo sabe que el rey no es más que un vejado y que todo el poder del favorito dimana del capricho de la reina, y esa turbulencia de corrupciones se refleja en los cuadros y aguafuertes de Goya o en los sainetes de don Ramón de la Cruz. A Cabarrús se le atribuye un desfalco en el Banco y Jovellanos va a defender a su amigo, cuando todo el mundo sabe que la persecución es obra de la reina y del Príncipe de la Paz. El juez de la causa, íntimo amigo de Jovellanos, es Campomanes, y Jovellanos va a verle para pedirle que, como está seguro de su inocencia, haga justicia y cumpla con su deber. Y el resultado de la gestión es que Campomanes responde: "Luchar con la omnipotencia, si no es heroísmo es imbecilidad". Y Cabarrús continúa detenido, y don Melchor empieza su famosa campaña, que llega hasta el rey. Entonces se realiza el primer destierro de Jovellanos, que es enviado a Gijón para que realice sus grandes proyectos de fundación del Instituto Real de Náutica y Comercio en Gijón. A los cinco años de funcionamiento de este instituto era copiado en Francia y en la Universidad de Oxford. Y empieza Jovellanos a trabajar en la famosa carretera. Y llega a Madrid la noticia de toda la obra de Jovellanos, y éste sigue su labor.

Y el 16 de noviembre de 1879, estando en Pola de Lena, llega hasta él un ruido de voces que viene de la plaza, y en medio de la gente, cabalgando, dos caballeros: uno de ellos es Benito Cienfuegos, su sobrino; el otro es Linares, el Capitán de Corps, que vienen a traerle su nombramiento de Embajador para Rusia, y con la credencial diplomática le entregan una carta de Cabarrús, que había salido ya de la prisión, por lo que había gravitado la acción de Jovellanos y porque las finanzas españolas estaban mal y Godoy tuvo que buscar a Cabarrús. Este aconseja a don Gaspar que acepte. España no tiene relaciones diplomáticas con Moscú y se piensa, como hombre de condiciones excepcionales, en Jovellanos. Y Jovellanos pasa por la primera tribulación. Va a Gijón y allí todo son fiestas y felicitaciones, y después marcha a Madrid y va pensando si acepta o no la real comisión, cuando al llegar a Guadarrama advierte una cabalgata que viene hacia él. Al frente está Cabarrús que le dice: "Vengo a que no marches para Rusia". Jovellanos cree que es la prueba máxima de amistad que Cabarrús le puede dar, y le abraza. Cabarrús continúa: "Yo era el responsable de que fueseis nombrado porque dí ese consejo, pero he tenido la satisfacción de que el rey te quiere para más altos destinos. He aquí el nombramiento de Ministro de Gracia y Justicia". Otra tribulación: "¿Para qué se me llama? ¿Qué es lo que de mí se quiere?". Varlos IV llega a captar toda la corriente grande que hay contra el Estado y llama a Jovellanos y le dice: "Te pido que vengas a prestar un gran servicio a mi patria y a la tuya. España te necesita". Jovellanos empieza a actuar y realiza una gran obra social y pone en libertad a muchas gentes que están en las prisiones de España. De España entera llegan felicitaciones al monarca, diciendo que ya se ha encontrado el ministro que hacía falta. Y el rey se alarma. Interviene Godoy, interviene la reina. Hay intereses superiores coincidentes en que Jovellanos no puede ser el hombre que haya de influir de un amanera decisiva en los destinos del país. Y se le manda de nuevo a Asturias, y él vuelve encantado porque va a continuar su obra, y allí sigue trabajando tranquilamente y hace aquel famoso discurso de la Sociedad Económica de Amigos del País, en Oviedo, en 1801, trazando un plan político-económico-social que todavía hoy tiene aplicación. Pero de repente, un día comienzan a ponérsele dificultades para el desenvolvimiento de su labor y, por fin, es detenido y Jovellanos aquel día escribe: "Si esto es para el servicio de España, venga en buena hora esta nueva prueba". Y se le confisca la biblioteca; y se le considera reo de Estado; y es conducido al confinamiento por la misma carretera que él había construído para bien de Asturias y de España, y se le lleva, por último, a Mallorca. Y recluído en el castillo de Bellver está Jovellanos cerca de siete años en una habitación que tiene tres metros de largo, dos y medio de ancho y dos y medio de alto, y empieza aquel encarcelamiento brutal en el que para poder escribir una carta y otorgar testamento, tiene que concedérsele permiso real. Está en completo aislamiento; nadie puede comunicar con él. Sufre trastornos enormes y el médico dice que peligra su vida. Y el Capitán General, por su cuenta, da la orden de que salga Jovellanos y de que haga vida al aire libre dos horas al día.

Viene en esto la invasión napoleónica; llega el 2 de mayo, y Jovellanos es libertado. Y la gente se exalta: viendo a Jovellanos libertado, está libertada la inteligencia, está libertada la misma dignidad española. Y para esto tienen que estar presos María Luisa y Godoy. Durante la invasión napoleónica, el General Sebastini, la personalidad más fuerte del ejército de Napoleón, en una famosa carta llena de halagos y de promesas, le pide que colabore. Jovellanos no cae en la red y contesta: "Nada sé de eso; sólo sé que el rey ha sido traicionado, que mi patria está invadida y que el pueblo clama por su independencia".

Después Jovellanos es víctima de una campaña de difamación que prende pronto en la plebe y Jovellanos es la víctima de las malas pasiones.

Habló después el doctor Barcia del concepto de soberanía de Jovellanos, que proclama el derecho de insurrección del pueblo contra la tiranía y recuerda la Ley 10, del Título I de la Partida Segunda en que se dice que contra la tiranía es obligada la rebelión.

El doctor Barcia terminó su brillante exposición con estas palabras:

"Yo he querido presentaros a Jovellanos con los caracteres más salientes: enorme inteligencia, alma pulquérrima, patriota ejemplar, y hombre cuya serenidad aparece en la Historia como una luminaria que debe servir de guía a todos aquellos que quieran hacer obra fecunda en la vida y dejar un ejemplo para después de la muerte.

Señaló que los españoles de aquí se han ocupado más de Jovellanos en su centenario que todos los españoles de España, donde no hubo más que un acto puramente formulario en recuerdo de Jovellanos. "Con este solo hecho puede apreciarse lo que es la España de allá, eso que ahora llaman España y lo que somos nosotros, la verdadera y única España". — CORRESPONSAL.

FRANCIA Y ESPAÑA

UN COMENTARIO DE MAURICE LACROIX

Comentando la presencia de don Juan Negrín en Francia, Maurice Lacroix escribía días atrás en el periódico *Resistance*:

"El doctor Juan Negrín se encuentra en París en calidad de particular, puesto que las Naciones Unidas, y entre ellas la República Francesa, no han roto sus relaciones con Madrid". Así, pues, la Francia oficial ignora la presencia de Negrín; pero nadie se engaña ante semejante reserva. Nuestro afecto y nuestra esperanza no hacen una discriminación entre Negrín y sus hermanos de desventura y de valerosa lucha. No queremos saber si, como se afirma, hay un distanciamiento entre Negrín y Martínez Barrio y otros jefes republicanos. Son esas cuestiones que sólo competen a los españoles y toda intervención de nuestra parte sería torpe e indiscreta. Pero sería imposible silenciar nuestra profunda simpatía hacia la causa de España; sería imposible no expresar los votos que hacemos todos los republicanos franceses.

"La República española debe renacer y vivir; pero sólo lo logrará mediante el trabajo fraternal de todos sus buenos ciudadanos; mediante la unión dentro del respeto mutuo de todas las tendencias y opiniones. Catalanes, vascongados y castellanos, cada quien tiene sus características particulares; pero son españoles y ésta es la denominación común para todos los hijos de una gran nación que el día de mañana mostrará al mundo en qué forma la República sabe conciliar armoniosamente la unidad con la diversidad".

Burek en el Chicago *Times*.

COMENTARIOS

ACTUALIDAD DE ESPAÑA

LA FALACIA DE LA UNIDAD

El problema de los divisionismos que surgieron en el seno de la causa republicana española se ha planteado de una manera errónea. Hay que comenzar por aclarar que se parte de un supuesto falso al intentar unir a elementos que jamás estuvieron unidos, ni podrán estarlo nunca por la sencilla razón de que son antagónicos. No es posible, por ejemplo, fundir en un sólo cuerpo a los separatistas con los que no lo son, a menos que éstos o aquéllos abandonen sus posturas políticas. Lo mismo ocurre con los comunistas y los liberales.

Las uniones, en política, se hacen siempre a base de eliminar divergencias hasta dejar una base común sobre la cual edificar un programa. Ese es el caso de los republicanos y los socialistas. Estuvieron unidos al principio de la República, precisamente porque se habían puesto de acuerdo sobre una acción política y social determinada, para ejecutarla desde el poder. Más tarde, ante la necesidad de ofrecer un frente único a las fuerzas reaccionarias, se creó el Frente Popular, admitiendo en él a los comunistas. También entonces existía un programa aprobado por todos. Se produjo la victoria electoral, y en el momento en que ese programa iba a ser cumplido, surgieron los antagonismos. Vino la guerra, y los comunistas prescindieron totalmente de los compromisos que habían contraído. Tan pronto como vislumbraron la oportunidad de imponer sus procedimientos dictatoriales, dieron al traste con la unión de todos.

En el exilio, republicanos y socialistas volvieron a establecer contacto, hasta que acordaron unirse de nuevo. A ellos se debe la creación de la Junta Española de Liberación, integrada por todos los partidos políticos que votaron la Constitución de la República. Tienen un programa que están dispuestos a cumplir. Consiste éste en restablecer la legalidad constitucional y celebrar elecciones para que el pueblo español determine quiénes han de gobernarlo.

Existen, no hay por qué ocultarlo, determinados elementos que no participan de esa unión. Pero son personas, no fuerzas políticas. Se trata de unos cuantos disidentes, que comienzan por no acatar la disciplina de sus respectivos partidos. Ese es el caso de Negrín, Vayo, González Peña, socialistas, y el de Velao y Fernández Clérigo, republicanos. El secreto de su actitud consiste en que todos ellos quieren seguir disfrutando de sus cargos de ministros. Casos semejantes se dan en situaciones normales, y no es la primera vez que un partido expulsa a un disidente, ni tampoco es nada nuevo que una figura política determinada abandone la organización en que milita para ingresar en otra o crear una nueva.

La postura adoptada por Negrín y sus acólitos es tan insólita como inaceptable. Fué llevado a la Presidencia del Consejo de Ministros, no porque se tratara de un biólogo eminente, sino debido a su condición de miembro del Partido Socialista Obrero Español, al cual representaba. Ahora se niega a acatar las disposiciones de ese partido, y declara que él es más importante que su propia organización política. En idéntica postura se han colocado los que le siguen.

En cuanto a los comunistas, ¿cómo es posible que los socialistas y los republicanos se unan a quienes comienzan por declararles la guerra a muerte? Nada tienen en común. Los comunistas rechazan la República Constitucional. Los socialistas y los republicanos rechazan el Soviet. Ni los primeros ceden, ni los segundos tampoco. Pedir a los republicanos que se unan a los comunistas para ayudarlos a implantar el Soviet en España, es absurdo. El día en que lo hicieran dejarían de ser lo que son, con lo cual no se habría logrado la unión, sino la sumisión, que es distinto.

Las fuerzas políticas que implantaron la República democrática en España están unidas. Lo estarán siempre en tanto existan puntos de coincidencia en sus respectivos programas. No se puede achacar a esas fuerzas ninguna responsabilidad en cuanto a la actitud que las cancillerías han adoptado con respecto a España. Se dice que la falta de unión da motivo a los gobiernos democráticos para no aventurarse en prestar apoyo a los republicanos. Es falso. El día en que esos gobiernos quieran apoyar a la República Española, los republicanos les ofrecerán un frente sólido. Pero de ese frente faltarán los comunistas y los separatistas, mientras persistan en sovietizar a España los primeros y fraccionarla los segundos. Ahora que eso mismo sucedió antes de la República.

La unión que había que lograr, está ya, pues, lograda.

EL CAMINO DE MAURA

Siguen las conjeturas en torno a las gestiones que viene realizando don Miguel Maura para solucionar pacíficamente, el problema español. De un lado, el cable reanuda sus especulaciones desde París, basándose en la "reaparición" del jefe de los republicanos conservadores en los círculos oficiales franceses. Se dice que el general De Gaulle está dispuesto a ayudarlo.

La revista "Carteles", por su parte, nos da, a través de su jefe de información, Luis G. Wangüemert, una interesante versión sobre lo que ocurre dentro de España. Por la importancia que tiene, vamos a reproducir sus párrafos más substanciales:

"Don Miguel Maura... ha estado en realidad en contacto no sólo con el señor Sangróniz, representante de Franco en París hasta hace una semana, sino también con personalidades militares que dicen tener plenos poderes para convenir con los republicanos la formación de un régimen de transición que permita al jefe del Estado español abandonar la dictadura, sin temor a violentas conmociones populares que conduzcan a una nueva guerra civil.

"Al señor Maura se le ha dicho que el general Franco acepta la necesidad de abandonar el poder para poner término a la división de los españoles en dos mitades antagónicas: la azul y la roja. Se le ha dicho que el caudillo es opuesto a la solución monárquica por opinar que el nuevo monarca no tiene mejores perspectivas de estabilidad que el anterior. Y que Franco prefiere un gobierno de transición, formado por algunos militares que le aseguren la adhesión del ejército como garantía del orden público y un grupo de figuras civiles republicanas caracterizadas por su moderación y por no haber ocupado posiciones dominantes en los gobiernos anteriores y durante la guerra civil.

"Franco sabe que su régimen duro no ha aplacado los odios de la guerra civil; sabe que el gobierno gasta; sabe que los elementos conservadores y los nuevos ricos temen la guerra civil y están dispuestos a vender su alma al diablo por evitarla. Pero todo eso por sí solo no desvela al general Franco, que tiene la fuerza.

"Lo que en realidad le preocupa es la posibilidad de presiones internacionales que den fuerza a los elementos republicanos y sirvan de agente catalíctico a la reacción de todos los elementos que en España le son adversos.

"Resumiendo: que en España existe una tregua armada y que el general Franco, a pesar de contar con el ejército, teme que la presión de las potencias pueda hacer estallar el polvorín en condiciones desventajosas para él".

Esta versión, de origen directo, según Wangüemert, revela que es precisamente en el seno del régimen franquista donde la procesión anda por dentro. La aparición de Maura como factor de solución tiene pues, la importancia de contar con un clima abiertamente favorable. Aunque hay mucho de conjetura en lo que nos dice ese informante, hay un fondo de verdad que terminará por imponerse. El camino de Maura sigue siendo, por lo tanto, el camino más propicio para resolver el problema de España.

M. MILLARES VAZQUEZ,

Habana, enero.

APOSTILLAS

El Maquiavelo del Ferrol

En medio de las mayores tragedias no falta nunca la nota bufa. Esta vez, y con referencia a la trágica situación en que se halla Berlín, la parte grotesca se deriva de la prisa con que la embajada franquista, recogiendo de cualquier manera los papeles, se ha marchado de la capital de Alemania. Naturalmente, hubiera sido demasiado pedirles a los diplomáticos franquistas que esperaran tranquilamente en Berlín la llegada de los rusos, que tan gratos recuerdos guardan de la División Azul. El estoicismo falangista no alcanza a tanto. Pero nos acordamos —y debe acordarse Hítler también— de cuando el caudillo, tiplón y panzudo, certificaba la muerte de los Soviets y prometía que para atajar el comunismo, si fuera menester, estaría dispuesto un millón de falangistas españoles. La hora llegó hace tiempo, pero el caudillo está acostumbrado a incumplir sus promesas y a jurar en falso. ¿Cómo, si no, se hubiera sublevado?

En socorro de Hítler no ha ido el millón de soldados ofrecidos, pero en cambio han salido de Berlín, dando zancadas, los representantes de Franco. El contraste es simbólico, sobre todo después de conocer la proposición que el matarife con entorchados había tenido la avilantez de formular. La ha revelado Churchill. Pretendía el caudillejo nada menos que la formación de una alianza de los países del occidente de Europa contra Rusia. Naturalmente, de esa alianza formaría parte España, siempre bajo la tutela de Franco. Esa proposición, hecha a estas alturas, cuando la guerra toca a su fin y Rusia se lleva la mayor palma en la victoria, acredita el genio de estadista que posee Franco. Aunque, mejor examinado el asunto, tiene su fondo serio. Se trata del último servicio que el caudillejo podía prestarle a Hítler y, por lo menos, ha intentado llevarlo a cabo. De ser aceptada su iniciativa. Franco habría sido el mediador para acordar una paz que hubiera salvado los últimos restos del nacismo. Después, todo era cosa de tener paciencia y esperar... ¡Oh, manes del gran florentino! ¡Qué discípulo te salió en la ciudad gallega del Ferrol!

Lo grave es que Churchill no se dejó convencer por la sugerencia y —lo que es peor— ha informado de ella a Stalin, con lo que el caudillo ha ganado mucho en la estimación de los rusos. Parece ser que Churchill, al recibir el pliego en el que el caudillo le invitaba a bodas dió un respingo y rechazó bruscamente el idilio, aunque el caudillo no haya creído prudente darse por enterado del desaire. Ni de ese ni de otros muchos que lo precedieron. Porque el caudillo es impermeable a la sensibilidad y al rubor. Lo ponen a la puerta con un expresivo ademán y él saluda prometiendo volver. No le invitan al baile y él se obstina en bailar. Jamás hubo gobernante —valga el eufemismo— por quien sintieran los demás tanto desprecio, no importa que por motivos de sórdido interés finjan la farsa de tolerarlo. La verdad es que se le juzga como un advenedizo cuyo trato repele. El único que, si acaso, le profesa amistad verdadera —aparte los dictadores, por supuesto— es el Papa. Tal para cual. Los españoles no olvidaremos nunca el entusiasta mensaje del pontífice al término de la guerra española. "Dios ha querido la paz y la victoria —decía el Papa— para la católica España. Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos, para expresaros nuestra paterna congratulación. En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, hacemos descender sobre vosotros, sobre el Jefe del Estado y su Ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición apostólica". No es menester aclarar que los "hijos queridísimos" eran los falangistas. En cuanto a las "copiosas gracias" que vendrían del cielo sobre España, es evidente que los españoles las están paladeando golosamente desde hace cinco años. Si el caudillo no ha eludido recurso para conquistar la simpatía de los rusos, como hemos visto, el Papa tampoco ha perdido medio para hacerse acreedor al respeto y a la estimación de los republicanos españoles. Aunque ese es tema adecuado para que nos lo explicaran, como una lección de lógica, los católicos vascos.

Y ya que hablamos de lógica, también sería muy aleccionador que Winston Churchill, que es tan sólido argumentador, nos dijera por qué, concurriendo en el caudillo tan sobresalientes cualidades de doblez, vileza y deshonor se le otorga beligerancia. Acaso el secreto resida en razones parecidas a aquellas que el buen Rabelais pone en boca de Pantagruel, que llenaron de pasmo a los jueces por su sabiduría y claridad. "Si la iniquidad de las personas—empezaba el discurso de Pantagruel— se viera tan fácilmente en juicio categórico como se ven las moscas en la leche, el mundo no estaría tan comido de ratones como está y serían orejas hartas de tierra las que ahora han sido roídas, porque como quiera que todo lo que dijo la parte contraria es de plumón"... Y todo lo demás.

FRANCISCO CATALAN

ESTA GUERRA

LA DICHOSA OBJETIVIDAD

Números atrás, reproducía esta revista "ESPAÑA" párrafos de una crónica de guerra del escritor y poeta ruso Ilyia Ehrenburg, en que se comentaba cómo un profesor inglés, en fuerza de parecer muy "gentleman", había mandado a buscar a Alemania textos en que darles lección a unos pobres niños, súbditos de Hitler, que se encuentran en Inglaterra. No podía privarse en el destierro a los buenos alemancitos de los libros escolares autorizados por Goebels. El profesor inglés interpretaba esta guerra como un deporte, y quería jugar muy limpiamente, muy objetivamente.

¿Y qué es eso de la "objetividad" en esta guerra? Objetividad quiere decir, en buen castellano, imparcialidad. ¿No se nos dice que esta guerra es una cuestión a vida o muerte en la que se ventila el porvenir de la Humanidad? Claro está que si nos atenemos a aquel tristemente célebre discurso de Mr. Churchill, que de seguro él quisiera ver olvidado, en el cual se decía que esta guerra había dejado de ser ideológica, tanto da que gane un bando como otro; bastará, como en un partido de polo o de "football", que gane el más fuerte, el mejor adiestrado, aunque sea el más vil o el más egoísta.

Pero, no. Esta guerra no ha dejado de ser ideológica, afortunadamente. Y veríamos a ver en qué paraban las cosas si un día de estos Rusia llegase a Berlín, y dijera: "Supuesto que la guerra ha dejado de ser ideológica, soy yo, y nadie más que yo, quien la ha ganado, ya que llegué primero a la meta. Conque, aténganse ustedes a las consecuencias".

* * *

Pero no ha dejado de ser ideológica esta guerra. Empezó ideológicamente, y así ha de concluir. Terminará por donde empezó. Y los españoles sabemos bien cuál fué su principio. No nos jugamos nuestro porvenir, nuestra vida misma, por torpes o inconfesables ambiciones, ni individuales, ni nacionales. Ni España quería sojuzgar a ninguna nación, ni ningún español de los que se batieron en el Jarama, en el Ebro o en Teruel, lo hacía para echar una gallina en su puchero personal. Muchas vidas de españoles, vidas labradas a lo largo de años de esfuerzo y de labor, se jugaron en la sangrienta pugna entre dos tendencias: fascismo y democracia. Y la prueba de que la guerra era ideológica está en la presencia en esa guerra, en nuestra guerra, de las dos potencias fascistas de Europa: la Alemania de Hitler y la Italia de Musssolini.

* * *

Ahora que, la verdad, leyendo a ciertos cronistas e "intérpretes" de la guerra que ahora se libra en el centro de Europa —no a los cronistas de esta misma guerra cuando se libraba en España— llega uno a creer que sí, que para ellos la guerra ha dejado de ser ideológica. En sus crónicas se advierte un prurito de "objetividad" —¡mecachis con la "objetividad"!— rayano en una complicidad no sabemos si consciente, inconsciente o subconsciente.

En general, pudiera decirse que esta guerra no ha dado cronistas en el occidente —nos referimos siempre a partir del momento en que la guerra deja de tener a España por escenario—, y, lo que es peor, no ha dado poetas, no ha dado una canción, esa estrofa que condensa en cuatro renglones el por qué de una lucha. Hay que señalar este hecho con toda la gravedad que lleva en sí. En la otra guerra, hubo siquiera una "Madelón" o un "It is a long way to Tiperary"; pero en esta de hoy no se ha hecho canción, ni se ha acuñado "slogan", grito de guerra, en este lado occidental. En oriente, sí. Los rusos han encontrado el tono —el tono da la letra— para esta guerra. Por eso avanzan. Y por eso Rusia ha dado, a nuestro juicio, el gran cronista y poeta de esta guerra: Ilya Ehrenburg.

* * *

Leed a los otros, a los de occidente, y leed a Ehrenburg. Por el tono "objetivo" en que los otros escriben, uno se imagina a las tropas aliadas llegando a Berlín y descubriéndose: "¡Ea!, señores. Aquí no ha pasado nada. Se han batido ustedes como soldados magníficos. Venga un retrato, y vamos a beber juntos, terminada la partida en que nos ha correspondido la copa de plata".

Ese es el tono general de los cronistas, críticos, "intérpretes" de la guerra, que no supieron tener fantasía para prever esa contraofensiva de Von Rundsted. Era a ellos a quienes tocaba prever, imaginar, interpretar verdaderamente los hechos, más que al militar a secas, al ejecutante, cuyo cerebro ha de ser matemático, pero no demasiado propenso a la fantasía, es decir a plantearse lo que no ha sucedido aún... Cronistas y críticos que se limitan a contar lo que ha ocurrido —cuando pueden contarlo— y asistir "objetivamente" a los encuentros, como si fueran jueces imparciales...

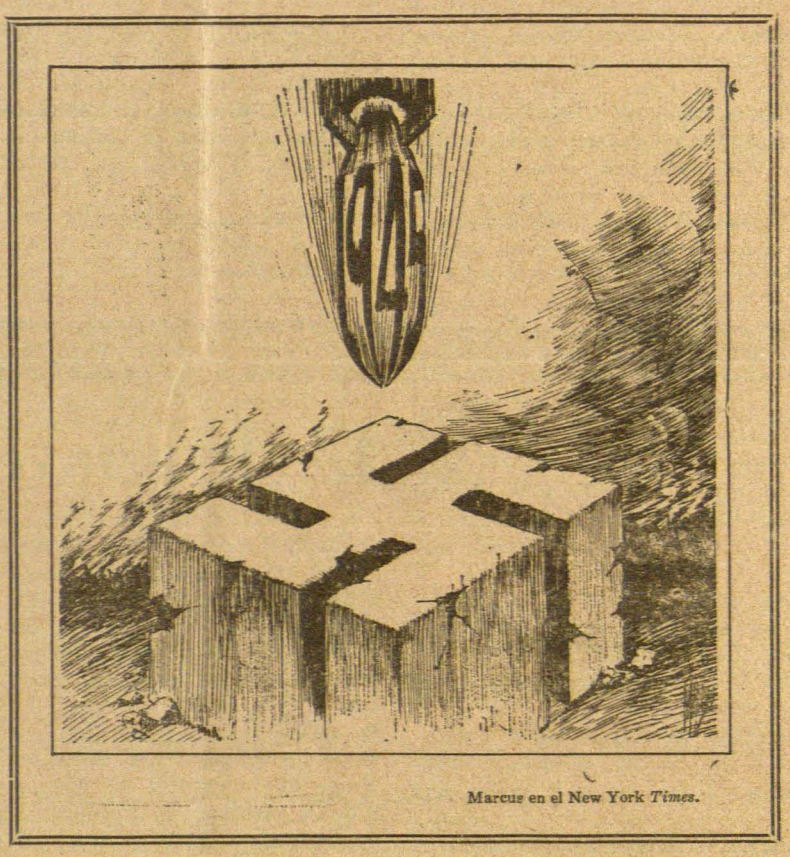
En cambio, leed a Ehrenburg. Ahí está su prosa como hierro candente. No importa si se avanza o se retrocede, si se ha conquistado o perdido una ciudad, si los alemanes han llegado al Cáucaso o si reculan hasta más allá de Varsovia: lo que importa es la doctrina, —la mística, como ahora se dice—; lo que importa es tener la razón y la verdad en el puño, y con esa verdad y esa razón apretadas, encendidas, como una antorcha, luchar a sangre y fuego hasta lo último, seguros de la inmortalidad de esa luz ideal por la que se muere o se mata.

¿Es que se puede, de otro modo, pedirle a un hombre que muera o que mate a su semejante? Sólo en nombre de un ideal muy alto, de una razón suprema, se puede pedir esto a los hombres, que es pedirles lo más que puede dar una criatura. Si no, la guerra sería una matanza asquerosa. Sí: solamente el ideal puede justificar esta inmolación de vidas. Y si no —si no hay ideología por medio—no se podría luchar ni un minuto más. porque ya la montaña de cadáveres oscurece el sol.

Mas, leyendo las crónicas de Ehrenburg, que no las frías, ecuánimes, "objetivas", de los otros, se ve que sí, que hay que llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias; que es necesario entrar en la guarida de la alimaña fascista y exterminarla. Leyendo las crónicas de Ehrenburg, el lector más olvidadizo, se acuerda de que los asesinos que han exterminado en Rusia millares de prisioneros, incluso mujeres y niños, son los mismos que pulverizaron Guernica, y que bombardearon impunemente—bajo la mirada del "objetivo" Comité de No Intervención— a Almería, a Madrid, a Barcelona...

Prosa encendida la de Ehremburg, como una canción, como una bandera. El hombre más pacífico, el más lleno de amor a sus semejantes, siente al leerla, y leer los horrores de los nazis en Rusia, que hay que exterminar a esa raza de caínes, creada por el fascismo. No se puede ser "objetivo" entre Caín y Abel. La "objetividad" en este caso es complicidad, es fascismo vergonzante.

ANGEL LAZARO.



Marcus en el New York *Times*.

Por una vez, de acuerdo con Franco

La lucha en España no ha terminado

A confesión de parte, relevo de prueba. Ya no somos nosotros los que lo decimos. Es el propio "generalísimo" Franco quien en el Congreso Sindical Falangista que acaba de reunir en España ha declarado que "la lucha en España no ha terminado con la victoria de la guerra civil". Reconocimiento explícito de que, a pesar de la cooperación de moros, portugueses, alemanes e italianos, de los cientos de miles de muertos, de los cientos de miles de expatriados, de los cientos de miles de prisioneros, del Estado gendarme organizado de la Gestapo, del terror a ultranza al que no basta la aplicación del código militar y la interpretación caprichosa del civil para encontrar delitos donde no existen y aplicarles las máximas penas, sino que tiene que "modernizar" éste para incluir nuevas penas de muerte por la más mínima opinión en su contra. Franco no ha vencido todavía. ¿Y por qué no fusila a todos los españoles? Quedaría vencedor neto. Está visto que si con lo que ha hecho y sigue haciendo no ha vencido, ni siquiera se siente vencedor, es la única solución que le queda.

No parece que "la unidad de todos los españoles" en que Franco nos dice que sustenta su "derecho", esté conseguida todavía, porque, si lo está, ¿cómo no ha terminado la lucha? Evidentemente, no lo está. Pero cuando no quede otro español que Franco con poder de respirar, indudablemente que aquella se habrá realizado y que, entonces sí, su "derecho" estará establecido y "nada ni nadie podrá causarle ansiedad". Y entonces no sucederá como ahora que la sombra de Pirro le agobie de tal manera como para hacerle reconocer y declarar espontáneamente su sangriento fracaso.

La prueba de Franco ha venido a demostrar, una vez más, que los españoles, esta raza rara, medio Quijote y medio Sancho, mitad enamorada de los beneficios positivos de la vida material, mitad de las quimeras de la libertad y la justicia social, cuando se trata de imponernos por las bayonetas lo que no queremos, no somos gentes fáciles de someter.

Y es bien doloroso que esta condición nuestra no permita el triunfo de ese "derecho" y esa "unidad de todos los españoles", ya que el milagro de la organización nacional sindicalista de la falange y de las Yons que encabeza Franco, y que nos viene a decir que se tambalea ahogándose en tanta sangre, además de esa felicidad, ha hecho brotar en España pozos de petróleo, vehículos motorizados, algodón y hasta una manufactura doméstica de nitratos que permitirá cesar costosas importaciones, según nos afirma el "Generalísimo". Tal vez, aunque esto no lo detalla la información de la agencia, haya también una siembra doméstica de trigo en las macetas de los domicilios falangistas, que permita en un futuro próximo cuando menos mitigar algo el hambre del pueblo español.

Otro de los problemas insolubles que los españoles estamos planteando a Franco es el de la actual propaganda contra su "Gobierno", realizada "con dineros robados". Esa propaganda y esos dineros están haciendo que el mundo no crea en la verdad de la "democracia organizada" con que Franco está haciendo la felicidad de España. Y son de tal poder esa propaganda y esos dineros que recientemente hemos logrado sobornar y atraer a nuestro campo, para que nos ayuden también a engañar al mundo, a los ex Embajadores de Inglaterra y EE. UU. en España, hasta ayer al parecer tan amigos suyos, Sir Samnuel Hoare, cuyo reciente discurso en la Cámara de los Lores sobre lo que ha presenciado en sus cinco años en España todo el mundo conoce, y Mr. Carlton J. H. Hayes, que acaba de hacer en la revista neoyorquina "Harper's" y por mediación de los periodistas Ernest K. Lindley y Edward Weintal en una información titulada: "Como procedimos en España", la mejor definición que se ha hecho hasta la fecha del fascismo español.

De acuerdo con V. E., señor generalísimo Franco, la lucha en España no ha terminado; pero los españoles tenemos la seguridad de que no puede pasar mucho tiempo sin que termine.

VICTORINO ALLENDE

Santiago de Chile, febrero.

Difícil es hablar a los Sanchos, nacidos y criados en lugarejos donde sólo se oyen comadrerías de solana y sermones, pero más difícil aún es hablar a bachilleres. Lo mejor es tener por oyentes a cabreros, hechos y acostumbrados a oír las voces de los campos y de los montes. Los otros os saldrán con que no os entienden o entenderán a tuertas lo que les digáis, porque no reciben vuestras palabras en silencio interior ni en atención virgen, y por mucho que agucéis vuestras explicaderas no aguzarán sus entendederas ellos.—UNAMUNO.